

NO LE IMPORTAN NUESTROS HOMBRES NI NUESTRAS TIERRAS NI

NUESTRO PORVENIR

Si los hombres viven peor que las mulas, si no hay poblaciones, si no hay higiene, si no hay luz eléctrica por ninguna parte, si las tierras están agotadas ¿dónde está, pregunto yo, la civilización y la prosperidad anunciadas hace treinta años? Dijo nuestro compañero Manuel Mora en un artículo en Diario de Costa Rica



c. MANUEL MORA V.

“A la United lo único que le importa es llevarse muchos dólares de aquí con la menor inversión” Declara nuestro compañero

Las fantasías de don Arturo Volio sobre las enormes ventajas que puede reportarle al país la contratación bananera que la United quiere imponernos, me han hecho recordar aquel famoso personaje de E. de Queiroz: Pacheco, el del ‘Inmenso talento’, quien creó fama de hombre inteligente por obra y gracia de una publicidad equivocada. Todo el mundo hablaba del ‘inmenso talento’ de Pacheco como de cosa probada y Pacheco era una mediocridad cualquiera, de quien los usufructuarios de esta mediocridad habían hecho alabanzas exageradas durante muchos años. ¿No nos estará pasando lo mismo con la United? Hace treinta años—cuando se trataba como dije ayer de darle facilidades a esa compañía para la explotación de nuestro litoral del Atlántico—se habló caudalosa y orgullosamente de una era de prosperidad que se abriría para la república. Y se hizo incapie muy especialmente en el significado ‘civilizador’ que la penetración de la United en el Atlántico tendría para este litoral. Han pasado 30 años, las riquezas bananeras del Atlántico están agotadas, la era de prosperidad anunciada nunca la ha palpado la república, la civilización de ningún lugar del país está más alejada que de la zona Atlántica. Pero eso que importa? Los discos de hace treinta años se conservan en perfecto buen estado. Ahora hay que hablar de una era de prosperidad para la república que se lograría con la usurpación del Pacífico por la United. De eso se está hablando. De eso hablan don Arturo Volio y don León Cortés en sus últimos artículos. Y yo voy a demostrar que a estos señores, desde memorizados o poco observadores, les está ocurriendo lo que a las gentes que hablaban hasta por los codos del inmenso talento de Pacheco.

Permítaseme, hacer una brevísima reseña de dos o tres aspectos de mi última jira por la zona Atlántica. Entré a los dominios de la United, a fines de diciembre. San José quedaba engalanado, preparándose para las fiestas cívicas. Esta circunstancia, tal vez, me hizo apreciar con mayor claridad que nunca el contraste terrible que hay entre aquellas regiones donde según se dijo hace treinta años, nacería una nueva civilización, y éstas de la meseta central, para las cuales no se auguró nada bueno en aquellos mismos años en vista de que no gozaban el privilegio de contar con suelo bueno para el cultivo del banano. ¡Cuánta miseria y desolación se advierte en todos los rincones de aquel territorio en otra hora repleto de los jugos maravillosos que engendran los racimos de bananos Tierras abandonadas, poblaciones desnutridas, viviendo en miseria. Poblaciones ya en vía de desaparición, suampos, tinieblas, barapos, paludismo. Aquello es un erial sobre el cual vegeta un grupo humano colocado por imperio de las circunstancias económicas al margen de todos los principios de humanidad. Si se le pregunta a cualquier per-

sona conocedora de aquellos lugares por qué las poblaciones están desapareciendo, por qué las tierras están abandonadas contesta invariablemente: es que ya todo esto está agotado: es que ya la producción de bananos no da rendimiento aquí; es que la Compañía está ahora trasladándose al Pacífico y aquí nos dejará las ruinas de lo que antes fue emporio de riqueza.

Estuve en muchas fincas, es decir, en muchas células del imperio de la riqueza de Atlántico de que se habló en 1908, y he aquí por ejemplo lo que ví en una de ellas. El tren en que viajaba, en determinado lugar tuvo que detenerse. No podía avanzar más. La región estaba inundada y el agua apagaba la hornilla de la máquina. Entramos a pie, caminando por la vía férrea con el agua muchas veces arriba del zapato. De un momento a otro me dijeron: aquí está el campamento de la finca. Levanté la vista de los durmientes y me encontré con una población semejante a las que tenían los indios antes de la conquista, si no peor porque estaba completamente inundada. Ranchos de paja mal contruidos, llenos de hendiduras y escoscos de paredes; agua arriba, porque la lluvia era recia, y agua abajo porque la inundación era de gran volumen. Desde mi puesto de observación divisé, con el corazón estremecido de dolor, a los seres humanos viviendo en estos ranchos infelices situados en aquella remotidad de la zona atlántica. Las mujeres cocinaban con el agua a la rodilla. Los hombres y los chiquillos daban la impresión de colgar de los techos; era que se defendían encaramándose en palos tendidos muy cerca del techo de los ranchos. Algunos chiquillos chapaleaban en el agua negra y malsana de la inundación. Ví a algunos peones que regresaban del trabajo en busca del ‘hogar’. Y los ví entrar casi a nado al ‘hogar’. Pero lo que más me conmovió fue la vida de los niños. Acaba de pasar la Navidad. A los niños nacidos en la civilización bananera, el Niño Dios les había traído humildísimos pitos de lata. A uno de esos niños lo ví dentro de su rancho, parado sobre una piedra, con la ropa empapada, pegada del cuerpo, mirando tristemente el gran cielo gris que cubre eternamente aquella tierra de promisión y soplando su gallo de lata. Hablé con los habitantes de aquella tristísima población obrera. Uno de ellos me explicó, que si las inundaciones eran terribles, lo que les seguía era peor. Cuando bajaba el agua todo queda cubierto de un barro pegajoso y pestilente. El sol calienta luego ese barro y hace levantarse vapores insoportables que desde el atardecer se pueblan de nubes de zancudos. Además, el barro ataca los pies de los hombres y los pudre a pesar de todas

las precauciones etc. Muchas otras cosas espantosas él relatar. Tuve oportunidad de visitar un enfermo grave que había en uno de los ranchos.

La inundación lo había sorprendido allí. Sus amigos no habían podido sacarlo antes, porque según se les informó, los carrillos de la Compañía son para sacar bananos y no para sacar hombres enfermos. Se dice que la Compañía da medicinas a los enfermos, pero es falso. Para llenar una formalidad legal, la Compañía tiene unos carros atendidos por empíricos, que son dispensarios ambulantes. Esos carros entran a los ranchos y a ellos acuden los enfermos a implorar pastillas de quinina como se implora una limosna. Ahora los trabajadores, en vista de las dificultades que la Compañía les oprime hasta para darles las miserables pildorillas de quinina, han resuelto comprar ellos mismos la quinina y no pedir nada a la Compañía. Monstruosamente tacaña es la Compañía. No le importan nuestros hombres, ni nuestras tierras, ni nuestro porvenir. Ella lo que quiere es llevar muchos dólares de aquí, con la menor inversión posible. ¿Que una ley la obligó a construir un Hospital en Siquirres? Pues en un cuartucho cualquiera colocó dos camas de hierro y dijo que ese era el Hospital. Que luego el Gobierno quiso obligarla a cumplir de verdad su compromiso? Pues desplegó todas sus influencias y consiguió una contratación en que se eximió de la obligación de hacer Hospital en Siquirres. Que se acerca ya la época de devolvernos nuestro Ferrocarril del Atlántico, dígame bien, nuestro ferrocarril, porque fue hecho con esfuerzo costarricense y ella no lo robó? Pues no se preocupa de cuidarlo ni de mejorarlo. Le hace apenas lo necesario para que le dé rendimiento y devolvernos en su oportunidad un casoarón inservible? ¿En dónde está entonces la civilización que se cacarea? ¿Y cuál la prosperidad? Si los nombres viven peor que las

mulas, si no hay poblaciones, si no hay higiene, si las tierras están agotadas, si no hay luz eléctrica por ninguna parte, dónde está, pregunto de nuevo, la civilización y la prosperidad? ¿Será en las refrigeradoras eléctricas, radios y teléfonos de que gozan sólo los altos empleados de la Compañía?

Pero ni siquiera puede hablarse de esas cosas maravillosas en relación con los bananeros. Oígame esto. En Guácimo me encontré con un bananero. Su nombre me lo recuerdo, pero no se lo negaré a quien quiera conocerlo. Estaba sentado frente a una mesa humilde de una fonda del lugar. Me dió la impresión de que dormitaba. Lo saludé y conversamos un poco. Estaba allí esperando un tren para entrar a sus fincas. Comprendí que su salud no era buena. Y efectivamente, no lo era. Tiene un paludismo crónico que le ha afectado todos sus órganos y que lo hace sufrir constantemente. Y qué capital tiene? Un capital muy dudoso. Hasta se dice en algunos círculos que está cerca de la ruina. Sin embargo, hace más de treinta años que viene trabajando en la zona atlántica. Entonces, por primera vez, me hice esta reflexión: Ni siquiera los bananeros han hecho nada con el banano. Se han desterrado a estas regiones infernales abandonando sus comodidades de la meseta central. Y al cabo de treinta años están con la salud destruida por los climas y al borde de la ruina. Todas sus ventajas consistieron en vivir con más comodidad que los peones y en darse el gusto de jefear a esos peones. Por eso he dicho que los bananeros al fin y al cabo no venían a ser otra cosa que empleados más o menos bien remunerados de la Compañía, por más que tuvieran la ilusión de ser verdaderos propietarios. Mis palabras no tuvieron el sentido que don Arturo les dió.

Contésteme don Arturo, ¿puede: podría decirse que hay costarricenses con verdaderos capitales logrados con el negocio bananero? No los hay. Y si hubiese alguno, con toda seguridad que no guarda relación con la riqueza producida y entregada a la United. En todo caso, una golondrina no hace verano.

De lo anterior se desprende una conclusión: y es la de que toda nuestra riqueza de la zona atlántica se nos ha ido del país. La Zona Atlántica ha producido mucho oro, pero ese oro no nos ha beneficiado a los costarricenses; ese oro sólo ha servido para aumentar los millones de la United Fruit Co. Ni siquiera los miserables dólares que la Compañía nos entrega por impuesto de exportación significan beneficio para el país; esos dólares no pagan los estragos de la Compañía en nuestro suelo, en nuestra población y hasta en nuestra economía. Pero hay más, la mayor parte de las limosnas que la Compañía nos ha dado, las ha vuelto a recuperar por diferentes medios. Cígame moslo que dice Jay Henry Scott-Sill, su EX ALTO EMPLEADO, en ‘The Banana Empire’: ‘Durante los 35 años de su existencia (el libro fue publicado en 1935) la United Fruit Co ha racionalizado la producción, transporte y distribución de cerca de dos billones de racimos de banano. En estas actividades económicas ha gastado en los trópicos mucho dinero, pero la mayor parte los ha recobrado por medio de servicio de barcos, ferrocarriles,

comisariatos, servicios de hospitales, de radios, etc.’ (página 225) Leyendo este párrafo comprende uno por qué la Compañía no permite que los agricultores en la zona atlántica siembren maíz: es que el maíz sirve para hacer tortillas y las tortillas pueden servir para hacerle competencia al trigo que ella vende en sus comisariatos.

Lo que queda relatado son realidades, no son brotes de pasión malsana, ni de fantasías mal intencionadas. Yo oro que el pueblo sí va a ver ahora clara mi posición. ¿Qué es lo que pido? Será que se eche a la Compañía del país a todo trance? No. Lo que pido es que ya con base en la experiencia hecha, se obligue a la Compañía a entrar en arreglos que le garanticen al país que va a recibir de verdad la parte de riqueza que le corresponde en la explotación del litoral del Pacífico.

En este momento la Compañía tiene, para explotar ese litoral, mayores ventajas que las que tuvo para explotar el Atlántico. Esas ventajas le fueron otorgadas en la contratación de 1934. Las consecuencias serán entonces peores. ¿Por qué no aprovechar la circunstancia de que la Compañía necesita puertos en el Pacífico para arreglar la situación de una vez de manera verdaderamente patriótica? Eso es por ventura politiquería?

En un último artículo terminaré de contestar argumentos de don Arturo Volio y de don León Cortés.

MANUEL MORA V.

Protesta por el detalle escolar

No hay necesidad de sacrificar al pueblo con el detalle escolar para la escuela Jesús Jiménez. Encuentran muy cómodo los señores miembros de la Junta especial del detalle escolar, echarle una carga inmensa al pueblo trabajador con el mencionado detalle. Existen padres cargados de hijos a quienes se les han asignado sumas de cinco y más colones. No ven que el trabajador lleva sobre sus espaldas una maldición con la multitud de impuestos y todavía quieren imponerles más cargas; el Gobierno podría hacer este gasto sin que sea una empresa o problema difícil. ¿No tiene el Gobierno del Sr. Cortés unas cuantas lujosísimas delegaciones como la de Washington y París, con un gasto que monta a millares de dólares? ¿Por qué no acuden los miembros de la Junta del Detalle Escolar al Gobierno para que haga el gasto de los muebles que tanto sueño les ha restado. ¿No ven estas gentes que el trabajador vive en esta época peor que el perro de rico? ¿No ven estos señores

que a las puertas del trabajador no solamente llegó el hambre sino que está haciendo estragos en cientos de hogares? Nosotros creemos que existen muchas formas de solucionar el pago del mobiliario sin que el pobre trabajador tenga que soportar la carga. Así como existen tantos ricos que contribuyen para la enseñanza religiosa y para sostenimiento de empleos lujosos, así mismo se les debiera exigir fuertes contribuciones para la enseñanza laica que es la que el pueblo más necesita para que vaya saliendo del oscurantismo. Sepan los miembros de la Junta del Detalle Escolar que existe un gran descontento en el pueblo trabajador por la falta de justicia en exigir sumas de contribución para el detalle, sin que le sea posible poderlas cubrir por la situación económica porque atraviesan tantos obreros que ganan salarios de hambre y otros tantos centenares de desocupados con que cuenta la ciudad. *Corresponsal Ambulante Cartago, enero 10-1938.*

Quiere que su calzado sea elegante!
Quiere que su calzado sea fuerte!
Quiere reparar sus zapatos y que queden como nuevos!!
Muy bien.
EL PROBLEMA ESTA RESUELTO
Miguel A. Brenes
contiguo a la cantina La Carioca
COMPLACERA el gusto más exigente, a precios sin competencia, garantizando puntualidad, esmero y buenos materiales.

Imprenta **CARTIN** Hnos.